

UN TEMOR CHIQUITO

Por Aracely Hernández

Mi vida ha estado llena de temores. Al pensarlos y equilibrarlos no sabría cuál mencionar que sería el temor más chiquito.

Uno de mis temores fue cuando tuve a mi primer hijo (por cierto, el único varón). Cuando él cumplía los ocho meses de vida, le detectaron un mal congénito en mi país; su hígado era demasiado grande para un niño de tan corta edad. Le hicieron muchos estudios y no lograron encontrar su enfermedad y visitamos tantos doctores que hasta la cuenta perdí. Casi todos decían que no lograría vivir, unos decían que un año, otro que tres y recuerdo uno que me dio un poco más de esperanza y dijo que llegaría a los doce años de edad. Era tanto mi temor que lo apartaran de mi lado que no lograba vivir. Después, cuando él tenía un año y medio, nació mi segunda hija, un rayo de sol, un torbellino que nos llenó a todos de luz y energía y más a él, su hermano. Lo hizo caminar, moverse y reír. Era tanta alegría que ella radiaba que a los ocho meses ya caminaba y lo agarraba de la mano y lo hacía caminar con ella, pero el temor de que pasaran los años seguía ahí latente, como una daga que poco a poco se va clavando en el corazón.

Cuando él tenía nueve años de edad, una camioneta lo golpeó en la cabeza, un accidente muy grave. Pensé que esta vez sí me lo apartaban de mi lado. No sé, pienso que Dios ha estado con él, pues después de ese grave accidente que de cien sobrevive uno, él lo ha logrado. Hoy en la actualidad, él tiene veintidós años, pero el temor ya nada más no es mía sino de toda la familia, pues hace dos años estas mismas fechas recibimos amenaza de muerte, mi hija Ale, mi otra hija Celia y yo.

Cual fue mi sorpresa y mi gran temor se cumplió pero no con mi hijo sino con Ale, sí la apartaron de mi lado. Hoy pienso que no hay temor chiquito, pues a pesar de su partida, el temor sigue a todo y por todo. A pesar de haber cometido ese crimen tan bajo y tan ruin, nosotros toda la familia tuvimos que salir huyendo de nuestro país. La

amenaza sigue, pues fue la familia del ex-novio de mi hija la que nos amenazó. Él fue el que le arrebató la vida a mi hija y a un amigo de ella. La familia del ex-novio no está conforme que él esté en la cárcel y quieren tomar venganza. Por eso yo pienso que no hay temor chiquito para mí.

(Disculpe pero no tengo un temor chiquito.)

Disculpe, a lo mejor me salí del tema. Pero para mí a veces el sonreír me causa temor, pues dicen que la risa más tarde se convierte en llanto.

Yo, a pesar de lo de mi hijo, yo sonreía y cantaba más por Ale que logró terminar su carrera y seguir estudiando. Ella no me dejaba estar triste, pues siempre trataba de hacerme reír, ella decía que lo tenía todo, sus padres, su carrera y sus hermanos—y más a su hermanita chiquita. Las dos se adoraban y siempre andaba corriendo y gritando de alegría. No dejaba que yo, su 'jefa' como me decía, estuviera triste y me hacía reír y cantar. Hoy es tristeza y llanto por su partida y más siendo una jovencita de dieciocho años, casi diecinueve.

Tan sana y tan alegre que su partida haya sido tan triste para todos. Después de su partida todo cambió. Tuvimos que dejar nuestra casa, donde ella pasó sus últimos años y vivir en otro país. Mi esposo hace seis meses tuvo un derrame cerebral. Quedó casi ciego y en cualquier momento puede tener otro por su presión alta que padece y el dolor y temor callado que se ha quedado en él y en todos. El domingo 19 de junio, la hija de él de su primer matrimonio, la cual por cierto nos llevamos muy bien, al ir de regreso a El Paso donde ella vive, se volteó con su carro y dio seis vueltas y su hija de ella se mató, una muchachita también de casi diecinueve años. (Temor chiquito no tengo.)

A SMALL FEAR

by Aracely Hernández

My life has been full of fears. Thinking about them and trying to compare them, I wouldn't know which to mention as the smallest.

One of my fears was when I had my first child (in fact, the only boy). When he reached his eighth month of life, they detected a congenital defect in my country; his liver as too large for a boy of such a young age. They did a lot of tests on him but weren't able to identify his illness; we visited so many doctors that I lost count. Almost all of them said he wouldn't live, some said one year, another said three, and I recall one who gave me a little more hope and said that he would reach twelve years of age. My fear that he would be taken from my side was so great that I wasn't able to really live. Then, when he was a year and a half old, my second child was born, a daughter, a ray of sunshine, a whirlwind who filled all of us with light and energy, especially him, her brother. She made him walk, move, and laugh. The joy she radiated was such that at eight months she was already walking and she would grab him by the hand and make him walk with her, but my fear that the years would pass remained, latent, like a dagger that little by little digs into the heart.

When he was nine years old, a truck struck him in the head, a very serious accident. I thought that perhaps this time he would be taken from my side. I don't know, I think God has been with him, after that serious accident in which one in a hundred survive, he made it. Today, he's twenty-two years old, but now the fear is not just mine but everyone's in the family. Two years ago around this time we received death threats, my daughter Ale, my other daughter Celia, and I.

What a surprise that my great fear was realized, but not with my son—with Ale, she was taken from my side. Today I think that there are no small fears, in spite of her leaving, the fear of everything and for everything remains. In spite of her ex-boyfriend having committed such a low and contemptible crime, all of us in our family had to flee our country. The threat continues: it was the family of my daughter's ex-boyfriend who threatened us. He was the one who snatched the life away from my daughter and her friend. The family of the ex-boyfriend doesn't agree with his being in jail and they want vengeance. That's why I think that there are no small fears for me.

(Forgive me but I don't have any small fears.)

Forgive me, maybe I've gotten off the subject. But for me some times smiling causes me fear. They say the laughter will later turn into tears.

I, in spite of the fears about my son, I would laugh and sing more, because of Ale who achieved her degree and continued her studies. She wouldn't let me be sad, she always tried to make me laugh, she said she had everything, her parents, her degree and her siblings—especially her little sister. The two of them adored each other and always ran around singing and shouting with joy. She wouldn't let me, her "old lady" as she called me, be sad and she made me laugh and sing. Today it's sadness and tears because of her leaving, especially her being a young woman of eighteen, almost nineteen years.

She was so healthy and so young that her leaving has been so sad for all of us. Everything changed after she left. We had to leave our home, where she spent her last years, and come to live in another country. Six months ago, my husband suffered a stroke. He was left nearly blind and at any moment could have another, due to his high blood pressure and the fear and silent pain that have remained in him and in us. On Sunday, June 19, his daughter from his first marriage, with whom I get along very well, was on her way back to El Paso, where she lives. She flipped her car six times and her daughter was killed, a young woman also almost nineteen years old. (Small fears I have none.)